

fuera á aquella parte de Gibralfaro por donde la gente de los christianos venia, tres batallas de moros. La una para que guardase aquel cerro, é la otra estaba mas abaxo en una albarrada cerca del castillo por donde habia de pasar la hueste, é la otra á la parte de la mar encima de una cuesta alta.

Visto por las gentes de caballo é de pié que iban en la delantera que la hueste no podia pasar si aquel cerro no se tomase, partiéronse en dos partes algunos peones del reyno de Galicia, é pugnaron por subir la cuesta que estaba á la parte de la mar. Otros algunos caballeros é fijos-dalgo de casa del Rey é de la Reyna, cometieron á los moros que guardaban el paso que era baxo del cerro por do habia de pasar la hueste; é los unos é los otros peleaban por estas dos partes con los moros. El Maestre de Santiago que llevaba la avanguardia, estovó quedo con su batalla de gente de caballo en el valle que es en aquel lugar entre grandes barrancos, faciendo espaldas á los que peleaban á la una parte é á la otra; porque en aquellos lugares habia tantas cuevas, que la gente de caballo no podia pelear sin gran daño. Los peones del reyno de Galicia subieron una vez con gran peligro la cuesta que estaba á la parte de la mar. Los moros quando los vieron subidos en lo alto, fueron contra ellos con tan arrebatado acometimiento, que lo hicieron venir fuyendo la cuesta ayuso. Al pié desta cuesta estaban á caballo Don Hurtado de Mendoza, y el Comendador mayor de Leon, é Rodrigo de Ulloa, é Garcilaso de la Vega; é con ellos habia otros fijos-dalgo de la casa del Rey é de la Reyna. Los quales recogieron la gente de pié que venian fuyendo; é segunda vez esforzados por el Comendador mayor é por los que con él estaban, tornaron los Gallegos é subieron la cuesta; é ansimesmo los moros que vinieron contra ellos los hicieron fuir otra vez, é dexar lo alto que habian ganado. E como el Comendador vido que era necesario ganar aquella cuesta, embió decir al Maestre de Santiago, que le embiase de su batalla algunos homes á caballo, para que con los caballeros que con él estaban por una parte, é los peones por otra, trabajasen otra vez por subir la cuesta. E aunque el Maestre de Santiago le embió á decir que la pelea en aquel lugar era peligrosa, é que debia quitar afuera la gente de caballo é de pié que por allí peleaba, el Comendador mayor todavia continuó la pelea por aquella parte por ganar la cuesta. Entretanto que esta pelea pasaba en aquel lugar, los otros caballeros que habemos dicho peleaban con los moros que guardaban el cerro alto, que es cercano al castillo de Gibralfaro. E porque los moros conocieron que la dispuscion del lugar de los christianos estaba era á su gran ventaja, arremetieron contra ellos; los quales no pudiendo sufrir la fuerza de los moros, volvieron las espaldas fuyendo un recuesto abaxo é los moros los siguieron tirándoles saetas y espingardas, fasta que se retraxieron á la batalla del Maestre de Santiago que estaba cerca. E luego los unos por una parte é los otros por otra, tornaron á pelear; é

algunas veces los christianos acometian á los moros é los retraian fasta los meter por las cuevas altas; é otras veces los moros descendian contra los christianos, é se metian entre ellos con tanto esfuerzo, que parecia tener mayor deseo de matar christianos, que de guardar sus vidas; y en estas peleas, que duraron por espacio de seis horas el sonido de las trompetas, las voces, los alaridos, el golpear de las armas, el estruendo de las espingardas é de las ballestas de la una parte é de la otra eran tan grandes, que todos aquellos valles resonaban. E los christianos sintiendo muy grave no poder vencer á los moros, é los moros deseando verter sangre de christianos, arremetian unos contra otros fasta que llegaban á se ferir con las espadas é con los puñales. E tan grande era el deseo de la venganza, que privaba al deseo de la cobdicia; porque ninguno pugnaba por captivar al enemigo aunque podia, salvo por lo ferir ó matar. Todas las otras batallas de los christianos de pié é de caballo que quedaban en la rezaga, no podian pasar adelante; porque de la una parte estaba la mar é de la otra una sierra muy alta. E la senda que estaba en medio por do la gente pasaba era tanto estrecha é de tan fragosos pasos, que la gente de caballo ni la de pié no podian ir sino uno tras otro. Y el gran número de las bestias que llevaban el fardage é tambien la gente de armas é de pié, se empedian en aquellos pasos unos á otros; de tal manera, que aunque oian el estruendo de las armas y el sonido de las trompetas y el alarido de los moros, no podian ir adelante en ayuda de los christianos que peleaban.

Durante el tiempo de estas peleas, ciertas gentes de peones de las Hermandades é de otras partes, se aventuraron á subir lo agrio de aquella sierra, é á gran trabajo pasaron adelante con siete banderas. E puestos en la cumbre, mostráronse á los moros en aquella parte de Gibralfaro, donde defendian el paso á los christianos. Los moros, vistas aquellas batallas que venian contra ellos, retraxiéronse á aquel cerro que habemos dicho que estaba entre la sierra y el castillo de Gibralfaro. El Comendador mayor é Don Hurtado, por la otra parte de la mar donde estaban con los peones de Galicia é de otras partes, cometieron tercera vez á subir aquella otra cuesta. E como quier que la subida era muy agria, pero Rodrigo de Ulloa é Garcilaso de la Vega é otros algunos de caballo con ellos, comenzaron á subir por una parte; y el Comendador mayor esforzando los peones gallegos para que subiesen por el otro cabo, subieron á lo alto de la cuesta. Los moros tirando saetas y espingardas como las otras dos veces habian fecho, vinieron contra ellos. E los christianos ficiéronles rostro, especialmente un alferes de los peones de Mondofiedo que se llamaba Luis Mazeda, sufrió el recio acometimiento que los moros luego hicieron, é se metió con la bandera que traia entre ellos. E algunos gallegos é castellanos que le siguieron, pelearon con tan gran denuedo contra los moros, que los hicieron fuir é retraer al castillo de Gibralfaro.

Visto por los christianos que peleaban por esta otra parte de Gibralfaro, como los moros que peleaban por la parte de la mar se habian retraido, como quier que la subida del cerro era tanto áspera que á gran pena lo podian subir; pero mucho mas la voluntad que la posibilidad, les hizo acometer á lo subir: porque veian, que si aquel cerro no se tomase, la gente de la hueste no podia seguramente pasar é poner real en los lugares donde estaba acordado. E como las cosas aunque dificiles, la ferviente voluntad de las haber las face fáciles, dellos cayendo, dellos levantando, unos por unas partes, otros por otras, tirando é recibiendo tiros de piedras é de espingardas é ballestas, posponiendo la vida por haber loable fama, subieron el cerro; é los moros que lo guardaban, cansados é muchos dellos feridos, se retraxieron fuyendo al castillo. Como los christianos que allí peleaban se apoderaron del cerro, luego el Rey con toda la hueste pudo pasar adelante, sin haber el peligro que de aquel lugar se esperaba. E porque en aquellas peleas y escaramuzas se pasó todo lo mas del dia, é la gente de la hueste llegaron tarde é fatigados, dellos de las peleas, dellos del trabajo que ovieron en los malos pasos del camino, no se pudo esa noche asentar el real en los lugares donde convenia. Y el Rey, acompañado de algunos Grandes é caballeros de su hueste, anduvo esa noche poniendo estanzas contra la cibdad, é guardas é sobreguardas y escuchas para sentir qualquier movimiento que los moros quisiesen facer. Otro dia por la mañana se asentaron las tiendas del Rey en un lugar; é allí fueron aposentados los caballeros que andaban en su guarda é todos sus oficiales. En otro lugar cercano á la mar fueron aposentados los Maestres de Santiago é de Alcántara con otros capitanes. En otro lugar estaban las gentes de caballo é de pié de algunas ciudades é villas de las montañas. En otro lugar estaba el artillería é las gentes de pelea que la guardaban, é los oficiales que labraban de continuo el fierro é las piedras é las maderas é otras cosas que eran necesarias.

## CAPÍTULO LXXVI.

Como se asentaron las estanzas contra la cibdad de Málaga.

Como el real fué asentado, luego acordó el Rey de poner las estanzas contra la cibdad en los lugares donde convenia, é fortalecer de tapias é cavas aquel cerro que estaba contra el castillo de Gibralfaro; é mandó estar en él dos mil é quinientos de caballo é catorce mil homes á pié, é fornecello de tiros de pólvora. E dió el cargo principal para lo guardar al Marques de Cáliz; é mandó al provisor de Villafranca, que con algunos peones de las Hermandades estoviese con el Marqués en ciertas estanzas. E cerca de las estanzas del Marqués mandó tener otra estanza á Don Martin de Córdoba con la gente de su capitania; é junto con esta estanza se puso otra que tenia Hernando de Vega; é cerca desta estaba otra estanza que tenia Garci Bravo,

alcayde de Atienza; é fué puesta otra do estaban Pero Vaca é Carlos de Arellano, capitan de la gente del Duque de Medinaceli. E cerca desta tenia otra Hernan Carrillo; é junto con esta tenia otra estanza Jorge de Beteta, alcayde de Soria; é cerca de esta tenia otra estanza Miguel Dansa; é despues desta estaba otra que tenia Francisco de Bovadilla; é luego cerca desta tenia otra estanza Diego Lopez de Ayala. Todos estos capitanes con las gentes de sus capitancias, tenian estas estanzas en toda aquella parte que descende desde el cerro alto cercano á Gibralfaro, fasta dar en la mar. E desta otra parte de la cibdad que viene desde Gibralfaro rodeando por los arrabales, mandó poner otras estanzas en esta manera. Al alcayde de los Donceles mandó tener una estanza contra una parte de la cibdad que dicen la puerta de Granada; é porque esta tenia grande espacio de tierra, mandó estar con él cierta gente del Duque de Medinasionia é del Duque de Alburquerque. E despues desta tenia otra estanza el Conde de Cifuentes con la gente de caballo é de pié de la cibdad de Sevilla; é cerca desta mandó tener otra al Conde de Feria é al Comendador mayor de Calatrava; é cerca desta tenia otra el Clavero de Calatrava con la gente de su capitania é con la gente del Maestre de Calatrava é Alonso Enriquez, capitan de la gente de Ceija. E cerca desta tenia otra estanza el Conde de Benavente, con el qual mandó que estoviese Pero Carrillo de Albornoz con la gente de su casa, é con la gente del Arzobispo de Sevilla que tenia en su capitania; en otra estanza cerca desta estaba el Conde de Urueña, é Don Alonso Señor de la Casa de Aguilar; otra estanza cerca desta tenia el Duque de Naxera, con el qual estaba un capitan del Rey, que se llamaba Hernan Duque, con la gente de su capitania; é cerca desta estaba otra estanza que tenia Don Fadrique de Toledo, é con él estaba Juan de Almaraz é Alonso Osorio, capitanes, con las gentes de sus capitancias; cerca desta tenia otra estanza Don Hurtado de Mendoza con la gente del Cardenal de España; é junto con ella tenia otra estanza el Conde de Cabra; é cerca desta tenia otra estanza el Comendador de Leon; é cerca desta estaba otra que tenia Garcifernandez Manrique con la gente de la cibdad de Córdoba; é cerca desta estaba otra estanza que tenia el Maestre de Alcántara, con el qual mandó el Rey que estoviese Antonio de Fonseca, é Antonio del Aguila, capitanes, con las gentes de sus capitancias; é luego junto con esta estanza estaba el Maestre de Santiago, é con él estaba Puertocarrero, Señor de Palma. E porque andando en torno de la cibdad, desde la una parte de la mar fasta la otra habia grand espacio de tierra, convino ceñirla con todas estas estanzas, porque estoviese cercada de todas partes. E todas fueron fortificadas de cavas é baluartes, é repartidos en ellas espingarderos é ballesteros, é otros homes de pelea que las guardaban. Otrosí mandó el Rey á Mosen Requesens Conde de Trevento, é á Martin Ruiz de Mena, é á Arriaran, é á Antonio Bernal, capitanes de la flotá

que estaba en la mar, que en las noches pusiesen juntas todas las naos é las galeras é las caravelas é todas las otras fustas, por manera que cifesen la cibdad por la parte que la cerca la mar. Los moros estaban proveidos de muchas lombardas é otros tiros de pólvora, é oficiales artilleros, é de todas las otras cosas necesarias para se defender, é ofender. E quando vieron el real del Rey asentado en aquellas partes, conocido el lugar donde la tienda real estaba, tiraron á ella tantos tiros de truenos é búzanos, que fué necesario de la mudar, é poner tras una cuesta en lugar mas seguro.

Asentados los reales é las estanzas en torno de la cibdad, luego el Rey mandó sacar de las naos el artillería que habia venido sobre Velezmálaga, é traer las lombardas grandes, que por el impedimento del camino fragoso habian quedado en la cibdad de Antequera. Llegó ansimesmo por la mar un caballero que se llamaba Don Ladrón de Guevara con dos naos armadas que venian de Flándes, en las quales el Rey de los Romanos fijo del Emperador, embió al Rey ciertas lombardas é tiros de pólvora, con todos los aparejos que eran necesarios. Otrosí para facer los pertrechos é proveimientos del artillería, habia muchos oficiales ferreros, carpinteros, aserradores, hacheros, fundidores, albañies, pedreros que buscaban mineros de piedras, é otros pedreros que las labraban, é azadoneros, carboneros que tenian cargo de facer el carbon para las fraguas, y esparteros que facian sogas y espuestas. Y en cada uno destes officios habia un ministro, que tenia cargo de solicitar los oficiales, é darles todo lo que era necesario para la labor que facian. Otrosí andaba gran número de carretas, é con cada cien carretas era diputado un ministro que tenia maestros, á quien daba los aparejos necesarios para las reparar. E habia otros maestros de facer pólvora, la qual se guardaba en cuevas que facian debaxo de tierra trecientos homes repartidos de noche é de dia para la guardar. E mandó el Rey traer de las Alxeciras que estaban despobladas, todas las piedras de lombardas que el Rey Don Alonso el bueno su trasbisabuelo fizo tirar contra aquellas dos cibdades quando las tovo cercadas.

Despues que el artillería fué llegada al real, é fueron fechos los aparejos que se requerian para que tirasen, el Rey mandó á Francisco Ramirez, capitán del artillería, que ficiese subir á la cuesta grande que guardaba el Marqués de Cáliz contra el castillo de Gibralfaro, cinco lombardas gruesas é otros tiros medianos é pequeños. Y en la estanza del Marestre de Santiago, que es cercana á la huerta que dicen del Rey, mandó asentar seis lombardas con otros tiros de pólvora; é los otros tiros se repartieron por otras partes, do fué acordado por los artilleros. E para facer los lugares do se habian de asentar las lombardas, fué necesario grande guarda, porque los moros tiraban tantos tiros de pólvora é de saetas contra los que facian los asientos, que no podian estar seguros; é convino facerlos de noche, é con grandes amparos, para escapar del daño que los moros facian con su artillería.

## CAPÍTULO LXXVII.

Como se combatió una parte del arrabal de Málaga.

Segun habemos recontado, el un arrabal de la cibdad tenia los muros fuertes, é poblados de muchas torres. E porque su circuito era grande, los moros tenian en él sus ganados, é habian lugar de salir á pié é á caballo á pelear; é peleaban tantas veces con los que guardaban las estanzas, que facian á las gentes del real estar armados para los combates que continamente les facian. E por escuchar aquel daño, é porque ganándose una gran torre, que está en el esquina de la cerca, se ganaba gran parte del arrabal, el Rey mandó asentar contra ella ciertas lombardas, las quales derribaron parte del muro que habia de torre á torre, é las almenas é todas las defensas que aquella torre é otras cercanas á ella tenian por la parte defuera. El Conde de Cifuentes é Juan de Almaraz é Hurtado de Luna capitanes, é otros fijos-dalgo de la casa del Rey é de la Reyna, visto que con menor peligro podian combatir el muro, por ser derribadas las defensas que tenia por defuera, llegaron con algunos pertrechos á aquella torre, é pusieron las escalas. Los moros porque en lo alto no tenian defensas, descendieron á una bóveda de la torre, é desde aquel lugar echaron pez é resina con lino é con cáñamo, é quemaron las escalas, é los otros pertrechos que estaban arimados á la torre. Los christianos por los muchos tiros que los moros facian, fueron constreñidos por aquella hora de apartar el combate. E porque luego salieron de la cibdad muchos moros para defender aquella torre, el Rey mandó al Duque de Náxera, é al Comendador mayor de Calatrava, que viniesen al combate con sus gentes. Otro dia por la mañana los christianos traxieron otros pertrechos é tornaron á poner las escalas, é subieron por ellas á la torre, é pusieron en ella las banderas de los capitanes.

Los moros, visto que los christianos la habian señoreado, asentaron dentro en el arrabal algunos tiros de pólvora con que tiraron á la torre por derribar las defensas que amparaban en ella á los christianos que habian subido. E con gran peligro de las piedras y esquinas que tiraban de alto, llegaron los moros al pié de la torre, é cavaron cierta parte della, é pusieronla en cuentos para la derribar. Los christianos, por socorrer á los que habian subido, llegaron con pertrechos al muro, que estaba ya tanto derribado de las lombardas, que podian ver á los moros que peleaban de dentro. E por aquel lugar, los christianos pugnando por entrar é los moros defendiendo la entrada, duró la pelea entre ellos todo aquel dia é la noche siguiente. Otro dia los moros con los tiros que hicieron derribaron algunas almenas que en la torre habian quedado por la parte de dentro; é porque aquellas defendian á los christianos que estaban en lo alto, fueron constreñidos de baxar á la bóveda de la torre que los moros habian desamparado. Los moros, visto que con todas sus fuerzas no podian lanzar los christianos de la torre,

pusieron fuego á los cuentos de madera, é cayó una parte della con algunos de los christianos que la defendian. Los otros que quedaron con gran pena del humo é de los tiros que facian los moros, defendieron la torre fasta que otros ovieron lugar de subir á los socorrer. E despues que la señorearon, tiraron della tantos tiros de piedras y espingardas, que mataban é ferian muchos de los moros que la combatian por la parte de dentro. E los christianos que combatian por defuera, pudieron subir al muro, é saltando el fosado que los moros habian fecho por de dentro, pasaron adelante peleando con los moros por espacio de tres horas. E allí fué necesario el esfuerzo del corazon juntamente con la fuerza de las manos, porque la pelea en aquellos lugares fué tan ferida, que no se ganó paso de aquellos arrabales, que no fuese regado con sangre de los unos é de los otros. Al fin los moros, quando no pudieron sufrir la fuerza de los christianos, se retraxieron á la cibdad, é los christianos los siguieron firiendo é matando algunos dellos; é así quedaron apoderados de toda la mayor parte de los arrabales. Otro dia Don Hurtado de Mendoza combatió un portillo que estaba en el muro del arrabal por aquella parte donde tenia su estanza, é peleando con los moros entró con su gente, é ganó una torre que estaba cercana de aquel portillo. E algunos de sus escuderos é peones tendiéronse por las calles é otros lugares del arrabal que no sabian. Los moros, que conocian las entradas é pasos de aquellas calles, salieron por otra parte, é atajaron á aquellos que andaban desmandados, é pelearon con ellos, é á unos firieron, é á otros mataron; otros se retraxieron al portillo que habian ganado. Y el acometimiento que los moros hicieron contra los christianos fué tan arrebatado, que aquellos que estaban sobre la torre que habian ganado, perdido el sentido se dexaron caer della, é la desampararon con toda aquella parte del arrabal. E ficieran los moros mayor daño en los christianos, salvo que Don Hurtado socorrió con la otra gente, é peleando con los moros, los retraxo fasta los meter por la cibdad; é tornó á recobrar la torre que los suyos habian desamparado.

## CAPÍTULO LXXVIII.

Como la Reyna vino al real de Málaga, é de las cosas que ende pasaron.

En algunos lugares de los que son en comarca de la cibdad de Málaga, habia en aquellos dias pestilencia, é las gentes de la hueste por esta causa estaban en temor recelando no la oviese en el real. Otrosí acaesció algunas veces haber carestía en los mantenimientos, quando las fustas por la mar é las recuas que los traian por la tierra, tardaban en venir con ellos. E como en las grandes huestes suele acaescer, que algunos murmuran é se quejan quando semejantes cosas ocurren, algunos malos christianos de livianos sesos é dañados deseos creian que el Rey por estas causas no se podría allí sostener; é con gran daño de sus ánimas é peligro de sus cuer-

pos; se pasaban á los moros, é les informaban destas cosas, é agraviándolas mas en dicho que eran en fecho, les decian que las gentes del real estaban mal contentos, é que se iban de dia en dia sin licencia del Rey é de sus capitanes. E allende desto les daban á entender que la Reyna, temiendo la pestilencia, escrebia de contino al Rey, suplicándole que ficiese luego alzar el real, é que embiaba á mandar á los Grandes que con él estaban, que gelo aconsejasen, por el recelo que habia de algun daño que por esta causa acaeciese en sus gentes. Y estos malos christianos amonestaban á los moros, que pues eran tantos é tan escogidos homes que se detoviesen, é no ficiesen partido de entregar la cibdad al Rey, pues que el real no podia allí durar. Los moros que ligeramente creen las cosas que desean, esforzábanse, é crecía mas su pertinacia, pensando ser verdad lo que aquellos malos christianos les decian. E mostrando sus fuerzas para defender la cibdad, facian en los lugares menos fuertes grandes fosados é palizadas, é todos los dias salian á pelear con los christianos que guardaban las estanzas. Como el Rey fué informado que los moros creian que la Reyna procuraba que se alzase el real, á fin de los quitar de aquel propósito embió decir á la Reyna, que para la brevedad de las cosas de aquella conquista convenia que ella viniese en persona, y estoviese en aquel sitio; porque los moros por experiencia viesen la voluntad que él y ella tenian de permanecer en aquel cerco, é de lo no alzar por ninguna cosa que ocurriese fasta ganar la cibdad. Quando la Reyna fué certificada destas cosas por las cartas é mensageros del Rey, acordó de venir al real, pensando que si los moros sopiesen de su venida, se dexarian de la esperanza que aquella falsa informacion les habia dado, é que entregarían luego la cibdad. Otrosí se movió á venir, porque ocurrían algunas cosas, así tocantes al dinero que era necesario para sostener la guerra, en que ella principalmente proveia, como en otros negocios árdusos de sus Reynos que continamente ocurrían; los quales era necesario comunicar con el Rey, é recibian algun detrimento por no se platicar con él.

Como la Reyna vino al real fué recibida por el Rey, é por los Grandes é caballeros; é comunmente por todas las gentes de la hueste con gran placer, porque su venida les pareció ser alivio de los trabajos pasados, é se esforzaron mas para los continuar. E algunos caballeros é fijos-dalgo, é otros mancebos dados á virtud que no habian seydo llamados este año para la guerra, sabido que la Reyna estaba en el real, se movieron á venir por sus personas á la servir. Venida la Reyna al real, luego el Rey mandó apretar mas el cerco, é facer cavas é palizadas en los lugares donde era mas necesario. E mandó á un intérprete que fablase con los de la cibdad, faciéndoles saber como la Reyna era venida al real, é que estaba en propósito con el ayuda de Dios de permanecer en aquel cerco, é de lo no alzar por ningun caso que acaeciese fasta ganar la cibdad. Por ende que se dexasen de qualesquier palabras

que contra esto les fuesen dichas, pues veían no ser verdaderas; é que entregasen luego la cibdad, y el Rey é la Reyna se habrían piadosamente con ellos, é les darian seguro para que pudiesen ir libremente con sus bienes á las partes de Africa ó de España, segun lo habia dado á los de Velezmálaga. E que no esperasen tiempo tal que su rebelion dañase á su vida é á su libertad, para que no pudiesen librar á sí ni á sus mugeres é hijos de muerte ó de captiverio. Oida por los moros esta amonestacion, luego aquel capitán Hamete Zeli, é otro capitán de la gente de los Gómeres, que se llamaba Alidert, menospreciando el beneficio de la libertad que por parte del Rey é de la Reyna les fué ofrecido, no quisieron responder, ni dieron lugar que moro ninguno respondiese á la fabla que les fué fecha; é continuaron en mayor rebelion, teniendo confianza en la fortaleza de la cibdad, y en la gente que tenían para la guardar. Otrosí tenían esperanza que aquel sitio no podia durar muchos dias, por las lluvias que en aquella tierra suelen caer, las quales traerian toda la gente de la hueste en perdicion si allí esperasen. E tambien porque aquella cibdad no tiene puerto, é su playa es tan peligrosa á los navios en tiempo de fortuna, que ninguno puede estar en ella; y esperaban que con la primera tormenta las fustas de la flota peligrarian, ó les seria forzado de ir á otros puertos, y ellos habrían libertad por la mar de ir á Africa, é los de Africa venir á la cibdad á la socorrer con las gentes é provisiones que oviesen menester. Ansimesmo pensaban que acaescieran en el real otros algunos inconvenientes de los que suelen acaecer en las huestes que están muchos dias en el campo. Y estas esperanzas que los moros tenían, les dieron esfuerço para se defender é poner dobladas guardas en todas las fortalezas é muros de la cibdad. Para lo qual se dividieron en cuadrillas cada una de cien homes con un capitán, los unos para rondar, otros diputaron para que saliesen á pelear, otros mandaron que estoviesen sobresalientes para socorrer á los que peleasen; é todas estas gentes proveyeron de armas é de muchas espingardas é ballestas é otros tiros de pólvora. Armaron ansimesmo por la mar seis albatozas é fornescieronlas de gente é de muchos tiros de pólvora. E defendieron que ninguno de los moros respondiese á los christianos á qualquier fabla que les dixesen; é ni ellos entre sí unos con otros fablasen en dar la cibdad por qualquier partido que les fuese fecho, so pena de muerte.

Ovo algunos moros que en su fabla mostraron voluntad de responder á los christianos, ó que no parecían tanto diligentes en la defensa de la cibdad; y estos tales luego fueron muertos ó feridos por aquellos Gómeres ó por sus capitanes, sin esperar dellos razon alguna. E con estas muertes ó feridas que dieron á algunos, todos estaban tan atemorizados, que ninguno osaba hablar con otro á parte, ni mostrarse negligente en fecho ni en dicho, que tocasse á la defensa de la cibdad. É cada uno pensaba de mostrar el esfuerço, ó de lo poner á otros, é de

no aceptar ni oír partido alguno, que por los christianos le fuese ofrecido. Los mercaderes é otras gentes pacíficas de la cibdad, á quien la manera de su vivir habia fecho agenos del uso de las armas, fueron puestos en turbacion tal, que ni pensaban tener amparo ni lugar seguro á su vida ni de sus mugeres é criaturas, ni sabían si era buena aquella defensa que se facia, ó si era mejor consejo entregar la cibdad al Rey; porque el miedo de los christianos que los guerreamos de fuera, é la chrisa de los Gómeres que los señoreaban de dentro, les privaba el entendimiento para haber consejo.

## CAPÍTULO LXXIX.

De la pelea que se ovo con los de la fortaleza de Gíbralfaro.

Las lombardas que el Rey mandó asentar contra el castillo de Gíbralfaro, tiraron algunos dias á una torre la mas alta de aquel castillo, é otra menor que estaba cerca della, é á un muro que habia entre ambas estas torres; é derribaron gran parte del muro é de las torres, de manera que parecia no quedar defensa ninguna á los moros para se amparar en ellas, si el castillo por aquella parte se combatiese.

Los moros, visto aquel daño, luego hicieron por de dentro un fosado é lo fortalecieron con palizadas é tapias, de manera, que la entrada por allí fuera peligrosa á los christianos. Algunos capitanes que dudaban de la defensa que los moros hicieron por de dentro, aconsejaban que el castillo se debía combatir, pues las lombardas habian derribado todas las defensas que los moros podían tener en aquella parte. El voto de otros era que no se debía cometer el combate; porque sospechaban que los moros habian fecho las defensas que hicieron. E decían, que si el muro se ganase, aquello seria á gran peligro de los christianos; é aunque lo entrasen, la entrada sería sin provecho, porque no podrían pasar adelante por la gran cava é defensas que los moros tenían fechas por las partes de dentro. Al fin de algunas pláticas fué acordado que cesase el combate; pero que el Marqués de Cáliz acercase mas su estanza al castillo por aquella parte de las torres derribadas; é que esto se podia facer seguramente, pues que los moros no tenían defensa alguna donde lo pudiesen resistir. El Marqués, visto el acuerdo que sobre esto se ovo, aunque dudoso de llegar su estanza tanto cercana al muro; pero porque no pareciese refutar qualquier trabajo aunque fuese peligroso, fizo llegar su estanza cerca del castillo quanto un tiro de piedra de la mano.

Los moros, visto que los christianos se habian llegado tan cerca, salieron fasta dos mil dellos dando grandes alaridos é tirando tiros de saetas é piedras y espingardas. E con el acometimiento arrebatado que suelen facer, pasaron las defensas que tenia el estanza que habia acercado el Marqués, é firieron é mataron algunos de los que la guardaban; é fueron mas adelante peleando con los christianos que venían á ayudar á los que estaban en el estanza. El

Marqués é Don Martín de Córdoba, é Garci Bravo, Alcaide de Atienza, é algunos de los gallegos con sus capitánias, é otras gentes de las Hermandades que estaban en otras estanzas cercanas á la del Marqués, salieron luego á resistir los moros. E por los grandes barrancos é quebradas que habia en aquellas cuevas, pelearon á pié unos contra otros con tanto denuedo, que llegaban á se ferir con las espadas é con los puñales; é los unos caían muertos de las heridas, otros rodaban al fondo de las cuevas. É los moros peleando á su ventaja, é los christianos á su peligro por la disposicion de los lugares, duró la pelea por espacio de una hora, fasta que acudieron mas gentes que hicieron retraer á los moros. En esta pelea fueron muertos Garci Bravo, Alcaide de Atienza, é Inigo Lopez de Medrano, señor de Cabanillas, é Gabriel de Sotomayor, é otros dos capitanes de los gallegos, que se llamaba el uno Pedro Pamo y el otro Vasco de Meyda, é otros tres capitanes de las hermandades, é algunos peones gallegos é castellanos; é fué el Marqués ferido de una saeta en el brazo, al qual no falleció fuerza en aquel lugar, pero falleció lugar para usar de su fuerza, porque la aspereza de los barrancos lo impedía; é fueron feridos otros muchos.

Como los moros fueron retraidos al castillo, luego el Marqués, visto el gran peligro é poco provecho que se habia en tener la estanza tan cerca del castillo, fízola retraer al lugar donde primero estaba. É cesó ansimesmo el consejo que algunos daban para que se combatiese, por el peligro que pareció en la gran defensa é mucha gente de moros que lo guardaban.

## CAPÍTULO LXXX.

Como falleció la pólvora, é de la provision que se fizo para la haber.

Las lombardas é otros tiros de artillería, no cesaban de tirar por todas partes tan continuamente que falleció la pólvora. El Rey é la Reyna embiaron luego tres galeras, una á la cibdad de Valencia, otra á la cibdad de Barcelona, é otra al reyno de Sicilia, para que traxiesen pólvora. Otrosí embiaron al Rey de Portugal, á le rogar que embiase la mas pólvora que se pudiese haber en su reyno, é de todas partes fué traída gran cantidad de pólvora; pero los tiros eran tantos é tan continos, que se gastaba toda la que se traía por la mar é por la tierra. Los moros, confiando en sus fuerzas, salían á pelear algunos dias contra unas estanzas, otros dias contra otras, segun veían la disposicion de los lugares contra quien mas daño podían facer; é ningun dia pasaba que no peleasen por dos ó tres partes. E tan continas eran las peleas, que convenía á los christianos estar todas horas en las estanzas armados é apercebidos, recelando ser acometidos por los moros. É destas peleas caían algunos muertos é otros feridos, que se retraían á las tiendas que se decían el Hospital de la Reyna, donde eran curados.

E como quier que los moros viejos é las mugeres

é otras gentes de la cibdad facian planto é gemían las muertes é las heridas de sus hijos é de sus maridos é de otros sus propincos, é la destruicion que todas horas veían de su cibdad, pero si alguno mostraba desear concordia por escusar aquellos males, los Gómeres, gente inhumana, ó lo mataban, ó lo atormentaban, de manera, que ninguno osaba mover trato de concordia con el Rey é con la Reyna. Acaesció un dia que algunos homes pacíficos de la cibdad secretamente se concordaron de embiar un moro con una cédula de creencia al Rey é á la Reyna, para mover con ellos trato de les entregar la cibdad por una parte que ellos entendían haber para dar la entrada, con seguro que oviesen para las vidas é bienes é libertad de sus personas é de todos los que estoviesen en la cibdad. Este moro salió secretamente é fué tomado por las guardas é traído al Rey é á la Reyna. Los quales oída su embaxada, le dixeron que les placía dar seguro á todos los de la cibdad en la forma que lo suplicaban. É como el moro tornase con la respuesta por aquel lugar é á la hora asentada con aquellos que le embiaron, las guardas de los moros Gómeres que le vieron venir, queriéndole prender, lo firieron. Y el moro ferido escapó de sus manos é pudo volver flyendo al real, é murió de las heridas que le dieron.

## CAPÍTULO LXXXI.

De la cerca que se fizo, é de la guarda que el Rey é la Reyna mandaron poner en las estanzas.

Los moros salían de la cibdad á pelear por todas partes con los que guardaban las estanzas puestas en la tierra, é con sus albatozas con las gentes que guardaban la mar: de manera que las peleas no cesaban por la mar é por la tierra. E por alguna relevacion de los trabajos que las gentes del real habian despues que fueron ganados la mayor parte de los arrabales, el Rey mandó poner las estanzas cercanas á los muros de la cibdad. É porque eran muchas é convenía que estoviesen bien fortalecidas con cavas é palenques é otras defensas é fornescidas de gentes é pertrechos é de otras cosas necesarias; el Rey dió cargo á tres caballeros de su hueste para que todos los dias andoviesen por el circuito de la cibdad proveyendo á los de las estanzas de las cosas que les eran necesarias. El uno destes caballeros era Garcilaso de la Vega, el otro se llamaba Juan de Zúñiga, y el otro Diego de Atayde; é cada uno destes andaba por su parte proveyendo las cosas que eran menester para fortificar las estanzas, de tal manera que los moros no pudiesen salir como muchas veces salían á pelear con los que las guardaban. É porque en aquellas partes que descenden de las cuevas altas de Gíbralfaro fasta la mar, las estanzas no se podían bien fortificar con cavas é palenques, por la indisposicion de los lugares, el Rey é la Reyna mandaron que se ficiese una gran cerca que guardase toda aquella parte que rodea la cibdad desde la fortaleza de Gíbralfaro hasta la mar, é desta otra parte fasta llegar á los arrabales; é luego fué fecha de

tres tapias en alto; é ficiéronse en ella algunos portillos, é mandaron poner en ellos gentes que los guardasen. É con esta cerca, todos los que guardaban aquellas partes estaban mas seguros; porque los moros no habian lugar de salir á dar en los christianos, ni de facer tanto daño como facian con los tiros que tiraban del muro é torres de la cibdad.

## CAPÍTULO LXXXII.

De los Consejos que se ovieron, si se debía combatir la cibdad de Málaga.

En el real habia grand abundancia de mantenimientos, porque todos los dias venian navios de los puertos de la mar que son en el Andalucía, cargados de provisiones é de las otras cosas necesarias. Algunos moros de Africa, sabido el cerco que estaba puesto sobre aquella cibdad, armaron de sus fustas, é puestos en el estrecho de Gibraltar, tomaron algunos barcos de aquellos que continamente iban é venian con bastimentos é provisiones. E por esta causa mandó el Rey á los capitanes de la flota, que pusiesen en aquella parte navios armados que guardasen la mar.

Otrosi algunos malos christianos, que segun habemos dicho se aventuraban á entrar en la cibdad, informaban á los moros del estado del real, diciéndoles los que eran muertos é feridos, é los trabajos é dolencias que padescian é recelaban padecer las gentes de la hueste. Otrosi les decian, que los moros de allende tenían en la mar navios armados en su favor, é que escusaban los mantenimientos que venian al real. E que las gentes de la hueste no pudiendo sufrir estos trabajos, se iban de dia en dia, é que el Rey constreñido por estas causas alzaria presto el real. Los moros, informados de estas cosas, como quier que los mantenimientos se les iban disminuyendo, pero todavia duraban en su rebelion é no querian venir en ninguna fabla de partido, esperando que el cerco en breve se alzaria. E deseaban notificar á los de Granada é á los de las otras cibdades, el estado de la cibdad é como les eran necesarios mantenimientos é socorro de gentes. Algunos moros de la cibdad con zelo de su secta é amor de su gente, se disponian á morir ó á engañar; é salian de la cibdad, é poníanse en las manos de las guardas, ofresciéndose á ser christianos. Y estos informaban al Rey, de como la cibdad estaba bien proveida de gentes é de mantenimientos; é conociendo que el combate seria peligroso á los christianos, daban á entender al Rey, que la cibdad se podia tomar si se combatiese por aquellas partes donde las lombardas habian tirado. Otros moros que salian de la cibdad, é se pasaban á los christianos por falta de mantenimientos que habia en la cibdad, informaban al Rey de lo contrario, é decian que los mantenimientos se disminuian, é no se fallaba pan á comprar como solia, é que si de fuera no fuesen proveidos, presto la hambre les faria entregar la cibdad.

Habidas estas informaciones contrarias unas de

otras, algunos caballeros é capitanes, recelando que en la dilacion del tiempo podrian venir lluvias ó recrescerse otras cosas que ficiesen alzar el cerco, aconsejaban al Rey, que debía mandar combatir la cibdad por aquella parte que guardaba el Maestre de Santiago, donde las lombardas habian derribado algunas almenas é otras defensas de las torres é del muro: porque entendian que despues que los moros perdieron los arrabales, no tenían aquellas fuerzas que solian tener para defender; é que si viesen llegar los pertrechos al muro, por ventura vernian en alguna fabla para entregar la cibdad.

El voto de otros era, que por agora no se debía cometer el combate, porque los muros é barreras de la cibdad eran muy fuertes é altos, é tenían torres grandes é cercanas unas de otras, é habia dentro mucha gente que las defendia. E como quier que el artilleria habia derribado las almenas é defensas del muro é de algunas torres, aquello era en solo una parte de la cibdad, é que las otras partes estaban sanas é con enteras defensas. Decian ansimesmo, que para combatir tan grande cibdad, eran necesarios muchos mas tiros de lombardas gruesas de los que habia, para que ficiesen portillos en muchos lugares de la cerca, por donde la gente podiese combatir, é los moros de dentro no podiesen socorrer á todas partes. E que combatiéndose solamente por aquella parte, podrian peligrar muchos é de los mejores de la hueste: porque aquellos son los que con mayor esfuerzo osan ponerse á los peligros. E por tanto decian que el combate debía cesar, fasta que mas é mejores partes del muro fuesen derribadas. Otrosi decian que debian esperar para saber mas cierta informacion del estado de la cibdad, é de la falta de los mantenimientos que los moros tenían; porque se debía creer, que cibdad tan grande é populosa no podia durar muchos dias sin ser proveida de mantenimientos que le viniesen de fuera; é que estos no habian lugar de entrar por mar ni por tierra, por las guardas que en todas partes habia.

El Rey, vista aquella diversidad de votos, estaba en dubda de lo que debía facer, porque combatiendo era cierto el peligro é no cierta la entrada, y esperando, se recelaban los inconvenientes que recrescen en la dilacion de los cercos, considerando que los moros satisfacen á la natura con poco mantenimiento. E despues de algunas pláticas que sobre esto se ovieron, la Reyna acordó que se suspendiese el combate fasta que se pudiese facer con mayor seguridad de las personas. E allende de los pertrechos que estaban fechos para combatir, mandaron luego facer mantas reales, é mantas de carretones encoradas con cueros de vacas, é mandaretes, é bancos pinjados, encorados de manera que no pudiesen en ellos prender el fuego, para que con ellos se pudiese cavar el muro. Ficiéron facer ansimesmo bastidas de diversas formas é de singular artificio compuestas, en cada una de las cuales podian ir seguramente cien homes. E ficiéronse gruesas é torres de madera; é destas torres salian unas es-

calas cubiertas de madera por los lados, para echar sobre los muros; y en estas escalas estaban enxeridas otras escalas, para descender el muro abaxo. Ansimesmo mandaron facer galápagos de madera gruesa é cubiertos de cueros, é otras escalas compuestas, é todas las otras cosas que eran necesarias para que con mayor seguridad el combate se pudiese facer. E acordaron que se ficiesen minas secretas por debaxo de tierra; dellas para poner algunas partes de los muros en cuentos, é dellas para que alguna gente entrase en la cibdad entretanto que los combates se daban á los moros.

E mandó el Rey al Duque de Náxera é al Conde de Benavente, que por la parte de sus estancias ficiesen una mina, é al Conde de Féria mandó facer otra por la estanza que guardaba. Y en la estanza del Clavero de Calatrava otra mina, é por la estanza que guardaba Don Fadrique de Toledo se ficiese otra mina. Y en estas minas se puso gran diligencia; porque todos los dias é las noches andaban los minadores con muchos peones cavando por aquellas quatro partes que el Rey acordó que se minase.

## CAPÍTULO LXXXIII.

De las cosas que pasaron en Granada.

Entre los dos Reyes de Granada crecia siempre la enemistad, é como en los pueblos de los moros se sopó que los de la cibdad de Málaga estaban en necesidad de mantenimientos, quisieran ponerse á todo peligro por los socorrer, salvo por la division de los dos Reyes.

El Rey viejo que estaba en Guadix, requerido por algunos alfaquies de la tierra, escogió algunos moros de caballo é de pié, y embiólos camino de Málaga con un capitán para que entrasen en la cibdad. Estos caballeros moros, creyendo que si entrasen farian grande fazaña, é si muriesen peleando ganarian el ánima, iban con voluntad de morir, ó entrar en la cibdad. Quando el Rey mozo, que estaba en Granada, sopó que el Rey su tío embiaba aquella gente, juntó los mas moros que pudo á pié é á caballo de la cibdad de Granada, y embió un capitán á pelear con ellos; é desbaratólos, é mató algunos dellos, é los otros fuyeron, é tornaron para la cibdad de Guadix. Y embió sus embaxadores al Rey é á la Reyna, faciéndoles saber el vencimiento que ovo contra aquellos moros que les iban á deservir. E ansimesmo les embió decir, como era informado que en la cibdad de Málaga se disminuian los mantenimientos, é que mandase poner grande guarda por mar é por tierra, de manera que no pudiesen ser socorridos de gente, ni de provisiones, é que con esta guarda sin otro combate habria presto la cibdad. Otrosi embió al Rey presente de caballos é jaeces de oro, é á la Reyna embió presentes de sedas é de perfumes; é suplicóles que le oviesen por su servidor, é le mandasen las cosas que fuesen en su servicio, porque él las faria con toda lealtad. El Rey é la Reyna gelo embiaron á regradescer é mandaron dar sus cartas para todas sus cibdades

é villas, é para los alcaydes de las fortalezas, que le diesen el favor que oviese menester contra el otro Rey su tío; é que guardasen el seguro que habian dado á los lugares que estaban por él. Los moros que vivian en la cibdad de Granada y en todos los otros lugares, como quier que sentian gran dolor por el cerco que estaba puesto sobre la cibdad de Málaga; é por los mantenimientos que le faltaban quisieran ponerse á todo peligro por los socorrer, á fin que ellos no perdiesen, ni los christianos ganasen cibdad tan noble; pero no osaban mostrar por obra la voluntad que tenían secreta, por no perder la seguridad que el Rey é la Reyna les habian dado, con la qual tenían libertad para labrar el campo, é andar con sus mercaderías, é facer sus contrataciones seguramente por todas partes.

## CAPÍTULO LXXXIV.

De los caballeros del Reyno de Valencia é del Principado de Cataluña que vinieron al real.

Como en las cibdades de Valencia é de Barcelona é de Zaragoza, y en aquellas partes fué la fama que el Rey acordaba de combatir la cibdad de Málaga, é algunos caballeros é fijos-dalgo de aquellas partidas sopieron que la Reyna estaba en el real, é oyeron los peligros é trabajos grandes que se habian en aquel sitio, movidos con zelo de virtud se dispusieron á venir por servir al Rey é á la Reyna en aquel fecho de armas. Los nombres de los quales son los que se siguen: Don Juan Ruiz de Corella, Conde de Cocentayna con una nao armada, é Don Juan Frances de Proxita, Conde de Almenara é de Aversa, con otra nao armada, é Mosen Miguel de Busquete, con dos galeas armadas, é Don Diego de Sandoval, Marqués de Denia, con fasta otros quatrocientos fijos-dalgo naturales de aquellas tierras. E todos estos que eran homes é fijos de homes principales, vinieron bien fornescidos de armas é de las otras cosas necesarias á la guerra. E algunos dellos que vieron los pertrechos que el Rey é la Reyna mandaron facer para el combate, é lo que las lombardas habian derribado, aconsejaban al Rey que el combate se cometiese por aquellas partes de la cibdad donde la artilleria habia derribado parte del muro.

Durante estas cosas fueron tomados dos moros de la cibdad, que certificaron al Rey é á la Reyna, que fallecía todo el pan de trigo, é que comian pan de cebada. Esta informacion habida, el Rey é la Reyna mandaron, que todavia se suspendiese el combate fasta saber mayor informacion del estado de la cibdad. Otro dia salió otro moro, que certificó al Rey é á la Reyna la mengua de los mantenimientos que los moros sofrian; pero que todavia estaban en propósito de defender la cibdad. Porque habian recibido cartas é mensajeros de la cibdad de Baza, por las quales los esforzaban para que durasen en aquella defensa que facian; é que les certificaban, que ganaban tan gran corona de virtud